Conquista y debate: ¿discutían los romanos sobre su expansión?*

Rene Pfeilschifter
Julius-Maximilians-Universität Würzburg, Alemania
rene.pfeilschifter@uni-wuerzburg.de

Traducido por Antonio Escobar Tortosa

Cada cinco años se elaboraba una nueva lista de ciudadanos en la Roma republicana. Sus responsables eran los dos censores, funcionarios especialmente designados al efecto, quienes, aun careciendo de los poderes de los cónsules o pretores, eran muy respetados. Su tarea no se reducía a un mero censo, sino que suponía una reconstitución del pueblo romano que asignaba a cada ciudadano su lugar en la comunidad, haciendo tangible de este modo la unidad de la *res publica*. En el 141 a. C., uno de los censores era Publio Cornelio Escipión Emiliano, nieto por adopción de Escipión el Africano, vencedor sobre Aníbal y destructor de Cartago. Escipión Emiliano era el romano más poderoso de su tiempo, y la censura representaba la culminación de su carrera. Para el solemne sacrificio final, la *lustratio*, convocó a todos los ciudadanos en el Campo de Marte. Los ciudadanos se reunieron al alba constituidos en Asamblea Centurial, es decir, organizados por centurias, aunque llevasen mucho tiempo sin estar en armas. Escipión hizo que un toro, un carnero y un jabalí dieran tres vueltas a este ejército recién constituido, y entonces los sacrificó a Marte. Al hacerlo cumplió el voto hecho por su predecesor en la anterior ceremonia, renovándolo al mismo tiempo que pedía prosperidad y poder para el pueblo romano. No obstante, en su rezo Escipión rompió con el ritual. El escriba se dirigió a él con la fórmula habitual mediante la que se pedía a los dioses inmortales la mejora y el aumento de las *cosas* (en otras palabras, del *Estado*) del pueblo romano, pero Escipión consideró que estas ya eran suficientemente buenas y abundantes, pidiendo en su lugar que se mantuvieran siempre inalteradas. Hizo constar por escrito este cambio y sus sucesores se adhirieron a la nueva fórmula.

Valerio Máximo, un autor de la época altoimperial, consignó esta anécdota en su *Hechos y dichos memorables*. Comenta que «se dieron cuenta entonces de que había que desear la ampliación del Imperio romano cuando se buscaba el triunfo dentro de

* El texto original fue publicado bajo el título "Eroberung und Debatte. Diskutierten die Römer über ihre Expansion?", en Christoph LUNDGREEN (ed.), *Staatlichkeit in Rom? Diskurse und Praxis (in) der römischen Republik*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2014, pp. 141-162.

las siete millas de la ciudad, pero una vez que eran dueños de la mayor parte del mundo, ansiar más era mostrar una ambición excesiva, de manera que serían en gran manera felices si no perdían nada de lo que ya tenían».[1] Por supuesto, Valerio Máximo no transmite nada sobre la reacción de los presentes, aunque apenas hubiera sido posible una respuesta muy visible durante una ceremonia tan estrictamente regulada como aquella hasta que Escipión condujo a la Asamblea de vuelta a la ciudad bajo el estandarte, donde la disolvió. A partir de aquí, el tema solo pudo haber sido uno: el primer hombre del Estado que demandaba un cambio sustancial de rumbo. A fin de cuentas, Roma había logrado su grandeza a través de una conquista casi ininterrumpida. Ahora debería darse por satisfecha. ¿Podía permitirse la República semejante moderación de cara a sus aliados? ¿No interpretarían otras potencias un comportamiento tal como síntoma de debilidad? ¿Y cómo se las arreglarían los propios romanos? Menos guerras y peligros, hasta ahí bien, pero eso también significaba menos éxitos y botines.

Imagen 1: Relieve que representa al censor del llamado altar de Domicio Enobarbo (siglos II-I a. C.): el censor, junto al altar, mira el toro, el carnero y el jabalí traídos para el sacrificio lustral. Louvre, París.
© Erich Lessing Culture and Fine Arts Archives

En estos términos podrían haber discutido los romanos en las calles y en los palacios, un asombroso debate sobre los intereses y objetivos del Estado, con el único inconveniente de haber sido hilvanado libremente a partir de la innovadora plegaria lus-

[1] Val. Max. 4,1,10: *prudenter* […] *sensit tunc incrementum Romano imperio petendum fuisse cum intra septimum lapidem triumphi quaerebantur, maiorem autem totius terrarum orbis par-tem possidenti ut avidum esse quicquam ultra appetere, ita abunde felix si nihil ex eo quod optinebat amitteret*. [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de Santiago López Moreda, Mª Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez en VALERIO MÁXIMO: *Hechos y dichos memorables. Libros I-VI*, Madrid, Gredos, 2003]. Información general sobre el *lustrum* en Wolfgang KUNKEL y Roland WITTMANN: *Staatsordnung und Staatspraxis der Römischen Republik, Zweiter Abschnitt: Die Magistratur*, Múnich. C. H. Beck, 1995, pp. 466–468; Rene PFEILSCHIFTER: "Die Brüchigkeit der Rituale. Bemerkungen zum Niedergang der römischen Zensur", *Klio*, 84:2 (2002), pp. 460-461.

tral de Escipión. En realidad, no sabemos nada sobre los debates de aquel tiempo. Si se trató de una mera coincidencia en el marco de la tradición o si hay algo más se aclarará a continuación; es preciso un contexto más amplio. Por ello quiero analizar qué pensaban los romanos de la época republicana sobre la expansión territorial y sobre su naciente imperio mundial, antes de nada, en su relación con los otros pueblos (I), y después en el discurso dentro de la propia Roma (II). Por último, se planteará en qué medida la crisis de la República pudo generar malestar respecto a la expansión y acabar conduciendo a la revisión de esta (III).

I

Ningún otro romano nos informa tan extensamente sobre sus motivos para hacer la guerra como lo hizo César en el primer volumen de su *Guerra de las Galias*. Es aquí, al comienzo de la obra, donde se hace necesario justificar la conquista de toda la Galia. Los enemigos del año 58, primero los helvecios y luego el rey de los germanos, Ariovisto, no eran habitantes largo tiempo arraigados en la Galia, sino recién llegados errabundos y belicosos. Esto hacía que fuera sencillo para César formular las mismas acusaciones contra ambos:

> —Ya eran enemigos nuestros porque atacaron Roma hace unas cuantas décadas (los helvecios) o porque se comportaron con ingratitud tras haber sido honrados por el Senado (Ariovisto).[2]
> —Representan una amenaza para la ya entonces existente provincia de la Galia Transalpina, la actual Provenza.[3]
> —Amenazan a aliados romanos, en ambos casos especialmente a los eduos.[4]

El primer argumento no es objetivo, sino moral: la maldad de los adversarios, conocida desde hace tiempo o recientemente revelada, lo cual no fuerza ninguna acción por parte de César, pero la hace parecer éticamente justificada. En cambio, el peligro para la provincia es una acusación propia del pragmatismo político, mientras que la amenaza para los aliados constituiría una variante de lo anterior, de no haber estado asimismo moralmente inflada. Ariovisto tiene que oír un sermón (César de hecho escribe *docebat*) sobre las antiguas y justas razones de los estrechos vínculos romanos con los eduos, sobre las numerosas y honorables resoluciones del Senado en este sentido y, por último, sobre el hecho de que estos habían ocupado hasta entonces una posición preponderante en la Galia, incluso antes de haberse convertido en amigos de Roma. «Era costumbre

[2] Ces. Gal. 1,7,4; 12,5–7; 14,1–3; 33,1; 33,5; 35,2; 43,4.
[3] Ces. Gal. 1,7,5; 8,3; 10,2; 14,3; 33,3-4; 35,3; 43,9; 45,1–3.
[4] Ces. Gal. 1,11,6; 14,3; 14,6; 33,2; 35,3-4; 43,6–9; 45,1.

del Pueblo Romano el procurar que sus aliados y amigos, lejos de padecer menoscabo alguno, mejoren en estimación, dignidad y grandeza. ¿Cómo, pues, se podría tolerar que los despojasen de lo que había llevado a la alianza con el Pueblo Romano?»[5] Incluso el segundo argumento, sobrio y operativo, es elevado por César a un nivel ético: hace saber a los asombrados helvecios que «según costumbre y práctica del Pueblo romano […], a nadie puede permitir el paso por la provincia. Que si ellos prevén abrírselo por la fuerza, se opondrá».[6]

Los tres puntos determinan las declaraciones de César en las negociaciones previas a la batalla, pero también profundizan en los cimientos morales de la misma, en sus reflexiones personales, en las que deja tomar parte al lector.[7] Para César, acción y pensamiento convergen, la comunicación externa con los bárbaros coincide con la comunicación interna romana. Esto no sorprende: César fue, casi desde el inicio de su carrera, uno de los políticos más controvertidos de Roma, por eso tuvo que ser importante para él presentar un comportamiento irreprochable. Sus enemigos en Roma no debían tener ocasión de atacarle, sino más bien debían quedar como pedantes envidiosos mientras el procónsul ejemplar defendía los intereses de la *res publica*. De ahí que lo que César tenía que decir en su *Guerra de las Galias* sobre la expansión de Roma no fuera cuestionado en casa: constituía el consenso de la República.[8]

Que la veracidad de algunos episodios de los relatos de César resulte sospechosa para los investigadores no es tan importante desde esta perspectiva, al contrario: precisamente cuando César se idealiza a sí mismo como narrador de sus propias hazañas pone de manifiesto con especial claridad el elemento ideológico, introspectivo, de la

[5] Ces. Gal. 1, 43, 6–8: *docebat* (6) […] *populi Romani hanc esse consuetudinem, ut socios atque amicos non modo sui nihil deperdere, sed gratia, dignitate, honore auctiores velit esse; quod vero ad amicitiam populi Romani attulissent, id iis eripi quis pati posset?* (8). [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de José Joaquín Caerols en CÉSAR: *Comentarios a la Guerra de las Galias*, Madrid, Alianza, 2002].

[6] Ces. Gal. 1, 8, 3: *negat se more et exemplo populi Romani posse iter ulli per provinciam dare et, si vim facere conentur, prohibiturum ostendit.*

[7] En los volúmenes posteriores de *La Guerra de las Galias* estos motivos varían, si bien con un énfasis mucho más escaso, pues a más tardar al principio del tercer volumen (finales del 57) César da toda la Galia por «pacificada» (Gall. 2,1,2; 35,1; 3,7,1). A sus ojos y a los de Roma la guerra ulterior representa solamente la represión de un levantamiento, lo que apenas requiere justificación.

[8] Véanse, entre otros, Matthias GELZER: *Caesar. Der Politiker und Staatsmann*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1960, pp. 94 y, del mismo autor, "Caesar als Historiker", en Matthias GELZER, Hermann STRASBURGER y Christian MEIER (eds.), *Kleine Schriften, vol. 2*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1963 [1931], pp. 318, 321; John H. COLLINS: "Caesar as Political Propagandist", en Hildegard TEMPORINI (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt (ANRW)/Rise and Decline of the Roman World, Band 1: Politische Geschichte*, Berlín, De Gruyter, 1972, pp. 922–933, 940 s.; Michel RAMBAUD: *L'Art de la déformation historique dans les Commentaires de César* (Collection d'études anciennes), París, Les Belles Lettres, 1966, pp. 112–117; Helga BOTERMANN: "*Gallia pacata – perpetua pax*. Die Eroberung Galliens und der 'gerechte Krieg'", en: Jörg SPIELVOGEL (ed.), *Res publica reperta. Zur Verfassung und Gesellschaft der römischen Republik und des frühen Prinzipats* (Festschrift für Jochen Bleicken zum 75. Geburtstag), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2002, pp. 281–284.

Guerra de las Galias.[9] En cualquier caso, no hay que llevar el escepticismo demasiado lejos. Las cosas que se dan por sentadas cuando tratamos con compatriotas, y que por tanto no se dicen, deben explicarse en la comunicación con los extranjeros. Por tanto, no resulta tan sorprendente que César instruya en detalle a los bárbaros sobre los principios rectores del Estado romano. No obstante, tampoco es que pronunciara un *discurso*: generalmente, de cara al exterior, los cargos públicos se expresan de manera poco sopesada o incluso ambivalente sobre sus propias comunidades, en especial bajo amenaza de guerra o en el curso de negociaciones delicadas. Incluso rara vez se producen comentarios críticos delante de amigos y aliados, al menos no en un contexto oficial. Solo sobre este particular estamos suficientemente bien informados gracias a la historiografía antigua y al propio César, y por si fuera poco, gracias a dos grandes historiadores de la República romana: Polibio y Salustio.

Otro ejemplo más: en el año 197, poco después de la decisiva victoria sobre Filipo V de Macedonia, el procónsul Tito Quinto Flaminio delibera con los aliados griegos sobre cómo proceder a continuación. La exigencia etolia de deponer al rey es contestada por el general con un discurso verdaderamente cesariano: la voluntad de los romanos, sus propios objetivos y, sobre todo, el interés de los griegos, apuntaban en otra dirección. Los romanos jamás hubieran destruido a ningún pueblo al que combatieran por primera vez, como demuestra la guerra (recién finalizada) contra Aníbal.[10] Él mismo hubiera estado dispuesto para la paz antes que para la batalla de haber aceptado Filipo los términos que le ofreció. «Durante la batalla debe el valeroso acometer al enemigo con todo vigor y fuerza, y si es vencido, mostrar en la derrota constancia y grandeza de alma; pero la moderación, la templanza y la humanidad son los deberes del vencedor.» Pero el interés griego también dictaba la preservación de Macedonia, ya que este Estado constituía un baluarte contra los tracios y los celtas. Por estas razones, los romanos se decantaron por un tratado de paz.[11]

---

[9] Sobre la discusión en cuanto a la credibilidad de César véase el resumen de la investigación en Helga GESCHE: *Caesar* (Erträge der Forschung 51), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1976, pp. 71–78, 89 y ss., 93 y ss., además de Gerold WALSER: *Bellum Helveticum. Studien zum Beginn der caesarischen Eroberung von Gallien* (*Historia Einzelschriften*, 118), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998. Sobre la legitimidad de la invasión de la Galia (según la opinión romana), véase Dieter TIMPE: "Caesars gallischer Krieg und das Problem des römischen Imperialismus", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 14:2 (1965), pp. 203–214; Sigrides C. ALBERT: *Bellum iustum. Die Theorie des "gerechten Krieges" und ihre praktische Bedeutung für die auswärtigen Auseinandersetzungen Roms in republikanischer Zeit* (Frankfurter Althistorische Studien, 10), Kallmünz, Lassleben, 1980, pp. 85–92.

[10] Los romanos, de hecho, combatieron tanto contra cartagineses como contra macedonios por segunda vez, pero este detalle solo hace que resplandezca aún más su indulgencia.

[11] Polib. 18,37,1–10: πολεμοῦντας γὰρ δεῖ τοὺς ἀγαθοὺς ἄνδρας βαρεῖς εἶναι καὶ θυμικούς, ἡττωμένους δὲ γενναίους καὶ μεγαλόφρονας, νικῶντάς γε μὴν μετρίους καὶ πραεῖς καὶ φιλανθρώπους. ὑμεῖς δὲ τάναντία (7) [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de Manuel Balasch Recort en POLIBIO: *Historia. Libros XVI-XXXIX*, Madrid, Gredos, 1983]. En esta sección acoto intencionadamente a los autores desde la época republicana hasta César. Aunque autores de la época imperial como Livio y Apiano representan fuentes históricas indispensables, son dados a remodelar declaraciones ideológicas con la mentalidad de otra

El argumento en apariencia más importante, la función protectora de Macedonia frente a los Balcanes, puede que fuera en efecto el que más impresionara a los griegos. No obstante, la discusión de las convicciones romanas en general y las del general en particular ocupa la mayor parte del tiempo, por lo que rápidamente se evidencia que ambas coinciden por completo. De nuevo, no se trata de convicciones de naturaleza estratégica o pragmática, sino moral: los romanos muestran templanza en la victoria. Este motivo atraviesa la descripción de Polibio, los representantes de Roma insisten en ello una y otra vez. César lo emplea sobre todo en sus escritos sobre la guerra civil, pero también en su *Guerra de las Galias*.[12] Esta resonancia nos sugiere que Polibio no recogió de forma inexacta las deliberaciones de los aliados. Cierto es que vivió en Roma durante mucho tiempo, pero era griego y siempre vio la República desde fuera. Si los magistrados romanos no le hablan de manera distinta a como lo haría César más de un siglo después, deduciremos que realmente se dirigieron del mismo modo a otros pueblos.[13]

Para Polibio, el motivo de alianza también es moral. En el año 190, los Escipiones presentan una carta a Prusias I de Bitinia no con argumentos objetivos para desertar al bando romano, sino «demostrándole que ni [ellos] ni la República pretendían quitarle lo que le pertenecía», haciendo una enumeración de reyes a quienes la alianza con Roma solo habría reportado beneficios.[14]

Sin embargo, la evidencia más valiosa no procede de Polibio. Se trata de una carta del pretor Marco Valerio Mesala escrita en el año 193 y enviada a Teos, en Asia Menor. Puesto que el texto se ha conservado en forma de inscripción en piedra, ningún escriba puede haber actuado como intermediario, alterando el contenido, exagerando o fantaseando en torno a los hechos. En este caso oímos a un magistrado romano de principios del siglo II a. C. Los teenses habían pedido el reconocimiento de la inviolabilidad de su ciudad, y los romanos obligaron a los griegos a acceder a esta petición, que no les costaba nada, y aprovecharon la ocasión para proclamar su visión de sí mismos y del mundo. De manera bastante repentina, Mesala explica: «Que nosotros le hemos

---

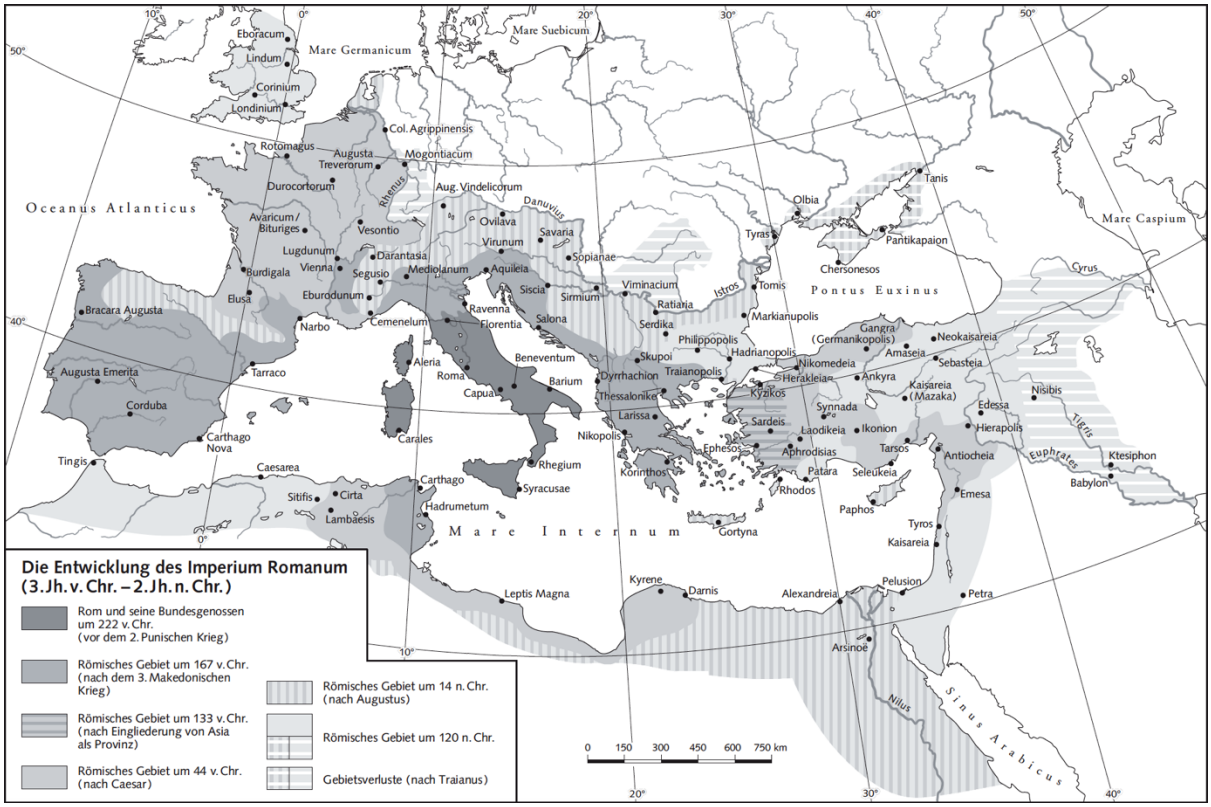
época. Esto se aprecia con especial claridad en la versión de Livio de la conferencia de los aliados, que se basa en la de Polibio pero desarrolla el discurso de Flaminio (33,12,5–11).

[12] Escipión el Africano contra los cartagineses 202: Polib. 15,17,3–7. Escipión contra los etolios 190: Polib. 21,4,10. Los Escipiones contra Antíoco III. 190: Polib. 21,17,1-2; Diod. 29,10. Senado contra Boco I. 106/05: Sal. Iug. 104,5. Ces. Gal. 1,20,5-6; 2,14,5–15,1; 32,1. Los pasajes de la *Guerra civil* están recogidos en Michel RAMBAUD: op. cit., p. 290; véase también el comentario del propio Polibio 27,8,8 sobre el carácter inflexible de los romanos contra Perseo 171.

[13] En una carta conservada en formato epigráfico y dirigida poco después a una comunidad griega, Flaminio habla de sus propios sentimientos y los de los romanos respecto a los destinatarios, lo que igualmente habla en favor de la autenticidad del texto de Polibio (Robert Kenneth SHERK: *Roman Documents from the Greek East. Senatus consulta and Epistulae to the Age of Augustus*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1969, No. 33 líneas 2–4).

[14] Polib. 21,11,3–11: οὐ γὰρ μόνον ὑπὲρ τῆς ἰδίας προαιρέσεως ἔφερον ἀπολογισμούς, ἀλλὰ καὶ περὶ τῆς κοινῆς ἁπάντων (5).

dado la mayor consideración y la máxima importancia de un modo constante a la adoración de los dioses se puede calcular por la buena voluntad que nos ha mostrado la deidad suprema.»[15]



Mapa 1. Tomado de Hubert CANCIK y Helmuth SCHNEIDER (eds.): Der Neue Pauly. Enzyklopädie der Antike. Das klassische Altertum und seiene Rezeptionsgeschichte, Stuttgart, J.B. Metzler, 2003, 10, 1053-1054.

El pretor hace aquí un poco de propaganda. Pero aún descubrimos más. La piedad se ve reflejada en la aprobación de los dioses, lo que en este contexto diplomático solo puede significar el éxito en política exterior. La *pietas*, una cualidad moral, garantiza así el poder del Estado romano. De manera recíproca, la expansión evidencia la actitud piadosa de los romanos. Por tanto, la excelencia moral y la fortuna en la guerra están inseparablemente unidas. Mesala habla con la confianza propia de la generación que derrotó a Aníbal y ya no conoce en todo el mundo a ningún oponente más temible.

[15] Robert Kenneth SHERK: *Roman Documents from the Greek East*…, Nº. 34 líneas 11–15: καὶ ὅτι μὲν διόλου πλεῖστον λόγον ποιούμενοι διατελοῦ μεν τῆς πρὸς τοὺς θεοὺς εὐσεβείας, μάλιστ' ἄν τις στο χάζοιτο ἐκ τῆς συναντωμένης ἡμεῖν εὐμενείας διὰ ταῦτα παρὰ τοῦ δαιμονίου. Para esta inscripción y la respuesta de Mesala véase también las notas 14 y 15 de Michael Snowdon en este volumen (N. del T.: El autor se refiere al capítulo "*Res Publica*, *Provinciae* und *Imperium Romanum*: Die Kommunikation zwischen den Römern und den Städten des Ostens", en Christoph LUNDGREEN (ed.), *Staatlichkeit in Rom? Diskurse und Praxis (in) der römischen Republik*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2014, pp. 163-184).

Así pues, la carta no solo reafirma la visión moral sobre su propia expansión, sino que también pone de manifiesto su permanente carácter victorioso como rasgo esencial. Ya a principios del siglo II, el ascenso de la pequeña ciudad italiana a primera potencia del Mediterráneo constituía a ojos de los romanos una historia de éxito, en la que incluso las crisis existenciales fueron interpretadas como meros reveses que exigían pruebas especiales a la comunidad, y que fueron compensados tras el restablecimiento del consenso con los dioses.[16] La consecuencia más importante de este relato nacional fue la voluntad inquebrantable de los romanos de librar cada guerra hasta la victoria incluso en medio de las mayores adversidades. Esta característica, para nosotros desagradable (y sorprendente para la mayoría de los enemigos de Roma), contribuyó a perpetuar el éxito romano.

En relación con la comunicación exterior, aún quedan otros dos aspectos de importancia. Por un lado, las constantes victorias tuvieron como resultado un sentimiento de superioridad sobre los otros pueblos. Los debates no podían surgir de este modo, pues los argumentos esgrimidos por sus adversarios se demostraban infundados en el campo de batalla. Las réplicas durante las negociaciones diplomáticas y los discursos de los líderes enemigos nunca impresionaron a los altivos negociadores romanos. En los textos de César y Salustio se han conservado estas declaraciones críticas con Roma para asombro de los investigadores modernos, que con frecuencia las juzgan más convincentes que el punto de vista romano. ¿No trajeron los romanos servidumbre eterna a sus enemigos? ¿Y no se situaron en formación para saquear a los vencidos o matarlos guerra tras guerra? Con todo, César pone tales afirmaciones en boca de un verdadero bárbaro, Critognato, que con el mismo aliento aconseja a los galos sitiados en Alesia que se alimenten con la carne de aquellos no aptos para el combate. Además, se trata de un rebelde, y ello solo bastaría para que los romanos hicieran caso omiso de sus argumentos.[17] Sin embargo, el Mitrídates retratado por Salustio no es en realidad un crítico externo, sino que expresa la desaprobación del autor respecto a la política romana de modo aún más enfático envuelta en ropajes extranjeros. De manera que se trata de un debate interno romano, en concreto sobre la decadencia moral. Volveré sobre esto en la última sección.

---

[16] Bernhard LINKE: "*Religio* und *res publica*. Religiöser Glaube und gesellschaftliches Handeln im republikanischen Rom", en Bernhard LINKE y Michael STEMMLER (ed.), *Mos maiorum. Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik* (Historia Einzel-schriften 141), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2000, pp. 273–276, 287–291, desarrolla la dimensión religiosa de tales experiencias. Para la relación entre la piedad de los romanos y su ascenso a potencia global véase en particular Cic. har. resp. 19; nat. deor. 2,7–11; 3,5.

[17] Critognato: Caes. Gal. 7,77,2–16. Véase Bernhard KREMER: *Das Bild der Kelten bis in augusteische Zeit. Studien zur Instrumentalisierung eines antiken Feindbildes bei griechischen und römischen Autoren* (Historia Einzelschriften 88), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1994, pp. 191–194. Mitrídates: Sal. hist. 4,69. Para la literatura hostil a Roma el prolijo panorama de Harald FUCHS: *Der geistige Widerstand gegen Rom in der antiken Welt*, Berlín, De Gruyter, 1938, es aún insustituible, en particular sus notas al pie.

El segundo punto: el sentimiento romano de superioridad se nutría de la excelencia moral de su propio pueblo, no de una idea general (como la democracia) o de un valor universalmente válido (como la libertad). Por tanto, la dominación romana permaneció libre de cualquier sentido de misión o impulso mesiánico. Mientras los conquistados pagaran sus impuestos, estuviesen dispuestos a realizar el servicio militar y no se atrevieran a rebelarse podían vivir a su manera sin ser molestados. Cabe señalar, por cierto, que no era esta una tolerancia basada en principios o cálculos sino en mero desinterés, pero estabilizó el régimen romano: los pueblos sometidos apenas eran escuchados, pero permanecieron libres de excesivas intromisiones.[18]

II

La argumentación hacia el exterior no era una mera fachada con fines propagandísticos mientras en realidad se pensaba de manera muy distinta: la comunicación interna se caracterizaba por esas mismas convicciones. Cicerón podía proclamar que el pueblo romano, por medio de la defensa de sus aliados, ya había dominado el mundo entero.[19] Un ejemplo de ello fue la Segunda Guerra Púnica, que fue librada en beneficio de sus aliados saguntinos.[20] Del mismo modo, también estaría justificada moralmente la Pri-

[18] Tanto en conjunto como en detalle estoy en desacuerdo con Ernst BALTRUSCH: "'Kriege für die Freiheit der Anderen': Roms imperiale Mission im 2. Jahrhundert v. Chr.", *Gymnasium*, 118:1 (2011), esp. pp. 54–56. Según él, el imperio republicano se basaba «en un equilibrio de intereses entre la periferia y el centro» (55), que se expresaba en una incorporación por parte de Roma de los halagos que le profesaban sus aliados, en especial en lo referente a su papel como portadora de la libertad. Tan solemne reinterpretación del carácter de la República no resulta verosímil disfrazando retóricamente pasajes del Livio de Augusto. Por otro lado, no puedo estar de acuerdo con Frank BERNSTEIN: "Das Imperium Romanum – eine 'Reich'", *Gymnasium*, 117:1 (2010), p. 57 s., que apunta al fracaso de la República en la dominación de los pueblos conquistados. Los factores de discontinuidad, diferencia (en la práctica administrativa), falta de control y desinterés que él identifica solo se ajustan a los estándares propios del Estado social y de bienestar occidental del siglo XX. Pero los romanos no solo se manejaban bastante bien en su territorio, incluso según el debate actual sobre el derecho público, la renuncia del Estado al monopolio del poder no lo priva ni de la legitimidad de su existencia ni de la posibilidad de asumir el mando en última instancia (véase la introducción a este volumen [Christoph LUNDGREEN: "Staatsdiskurse in Rom? Staatlichkeit als analytische Kategorie für die römische Republik", en íd. (ed.), *Staatlichkeit in Rom? Diskurse und Praxis (in) der römischen Republik*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2014, pp. 31-32).

[19] Cic. reps. 3,35 (= 3,26 Powell): *noster autem populus sociis defenddendis terrarum iam omnium potitus est*; Manil. 6; 12–14; of. 2,26-27.

[20] El hecho de que los romanos dejaran sola a la ciudad de Sagunto durante el asedio de ocho meses hasta su destrucción no encajaba, por supuesto, con esta autoimagen y fue velado en la medida de lo posible por la tradición escrita romana: Liv. 21,6,3–8; 9,3-4; 16,1-2; 19,4-5; 19,10; 28,39,1–21. Sobre los hechos, Jakob SEIBERT: *Hannibal. Feldherr und Staatsmann*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993, pp. 55–61, 72-73, 86-87; Jakob SEIBERT: *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993, pp. 125–129 y 137–146. Es de justicia reconocer que lo que demoró a los romanos no fue la indiferencia o acaso el cálculo, sino más bien la sorpresa ante el agresivo proceder de Aníbal, sus mastodónticas estructuras político-militares, que no permitían una rápida movilización, y las dificultades de una guerra en ultramar. Véase Karl-Wilhelm WELWEI, "Die Belagerung Sagunts und die römische Passivität im Westen 219 v. Chr.", *Talanta* 8-9, (1977), pp. 156–173; John RICH: "The Origins of the Second Punic War",

mera Guerra Ilírica del año 229/28, desencadenada por el asesinato de dos embajadores.[21] Y la Segunda Guerra Macedónica se desató de nuevo «por los agravios y agresiones armadas contra los aliados del pueblo romano.»[22]

Sobre el estallido en el año 200 de la última guerra mencionada estamos abundantemente bien informados. La razón de fondo fue la cuenta pendiente con Filipo V de Macedonia: el rey se había aliado con Aníbal durante los días más negros de la Guerra Púnica, algo que los romanos, no sin razón, interpretaron como una puñalada por la espalda. Habían finalizado esta Primera Guerra Macedónica en el año 205, después de una década, a pesar de las ligeras ventajas obtenidas por Filipo, pues querían tener las manos libres para derrotar a los cartagineses. Debido a ello, el rencor y la desconfianza hacia el monarca no habían desaparecido. Sin embargo, cinco años más tarde no se optó por la guerra 'en venganza contra Filipo', sino a causa de los ataques sobre sus aliados. Efectivamente, estos habían tenido lugar contra comunidades de Iliria, contra Pérgamo y Rodas, contra Atenas. Con mayor o menor derecho, estas potencias podían considerarse aliadas, o al menos amigas de los romanos; todas ellas habían solicitado ayuda al Senado. Tras algunas escaramuzas diplomáticas, incluso militares, el vaso se colmó a principios del año 200. El cónsul Publio Sulpicio Galba puso la guerra contra Filipo como primer punto en el orden del día del Senado. Una vez aprobada, los cónsules debieron ofrecer sacrificios a los dioses rogando «Que los proyectos del senado y del pueblo romano que afectan al Estado y al inicio de una nueva guerra tengan un final bueno y feliz para el pueblo romano, para sus aliados, para la confederación latina». El sacrificio se llevó a cabo debidamente, los arúspices (los observadores de entrañas etruscos) informaron que los dioses habían aceptado la plegaria, que las entrañas de los sacrificios eran propicias, que se auguraba una ampliación del territorio romano, victoria y triunfo. Al mismo tiempo llegaron noticias alarmantes de Oriente, y con ellas una embajada de Atenas en busca de ayuda. El Senado designó entonces a Macedonia –lo

---

en: Tim CORNELL, B. Rankov, Philip A. G. Sabin (eds.), *The Second Punic War. A Reappraisal* (Bulletin of the Institute of Classical Studies. Supplement 67), Londres, Institute of Classical Studies, School of Advanced Study, University of London, 1996, pp. 24–33.

[21] Polib. 2,8,12-13 Véase Dankward VOLLMER: *Symploke. Das Übergreifen der römischen Expansion auf den griechischen Osten. Untersuchungen zur römischen Außenpolitik am Ende des 3. Jahrhunderts v. Chr.* (Hermes Einzelschriften 54), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1990, pp. 48–53; Hartel POHL: *Die römische Politik und die Piraterie im östlichen Mittelmeer vom 3. bis zum 1 Jh. v. Chr.* (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte 42), Berlín et al., De Gruyter, 1993, pp. 58–70. El asesinato de los embajadores fue una violación del rudimentario derecho internacional conocido en la antigüedad, un ultraje contra los dioses y, por lo tanto, un motivo legítimo de guerra (véase, por ejemplo, Cic. Manil. 11-12). Para César, la violación del derecho diplomático ofrecía una buena ocasión para presentarse de nuevo como un general ejemplar: consideró tan despreciable la mera retención de algunos emisarios romanos que los altos cargos políticos tanto de los venecianos como de los aliados de estos fueron ejecutados y la población vendida como esclava (Caes. Gal. 3,8,2-3; 9,3; 10,2; 16,4).

[22] Liv. 31,6,1: *ob iniurias armaque inlata sociis populi Romani* [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de José Antonio Villar Vidal en TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXI-XXXV*, Madrid, Gredos, 1993].

que no significaba otra cosa que la guerra contra Macedonia– como área de acción consular. Galba, que se había encargado de la bendición, llevó la resolución de guerra ante la Asamblea popular por los citados motivos. Tras su aprobación, los cónsules decretaron tres días de rezos en los que se rogaría a los dioses para que la guerra ordenada por el pueblo acabara bien y felizmente. Galba consultó al colegio de los sacerdotes feciales si debía declararse la guerra a Filipo en persona o si bastaría con anunciárselo a la guarnición más cercana de tropas macedonias. Los feciales interpretaron que ambas posibilidades serían aceptables. A continuación, el Senado autorizó al cónsul a nombrar a un embajador que no fuera miembro del Senado y encargarle la declaración de guerra.[23]

Con las levas ya en marcha, los ciudadanos ordenaron a Galba que ofreciera unos juegos y una ofrenda en honor a Júpiter por el feliz desenlace de la guerra. Sin embargo, el Pontífice Máximo, Publio Licinio Craso, se negó a recitar al cónsul la fórmula del voto público: no podía ser provisto un monto indeterminado, en su lugar tenía que reservarse aparte de inmediato una suma determinada para los juegos y así evitar que el pago del voto se mezclara con otras cantidades. El Senado encargó a Galba someter la cuestión al colegio pontifical. Los pontífices determinaron que efectuar un voto por una contribución económica indeterminada era posible e incluso más apropiado. Craso hizo una reverencia y recitó una fórmula distinta; Galba prometió juegos y ofrendas por una cantidad indeterminada, que el Senado habría de fijar.[24]

Los preparativos continuaron, pero se informó al Senado de toda una serie de presagios ominosos (los llamados prodigios), especialmente robos en templos, fenómenos celestes inusuales y nacimientos monstruosos. Se asignó al decenvirato la consulta de los libros sibilinos. Como acto de expiación, tres coros de nueve doncellas cantaron un himno y se dedicó una ofrenda a Juno. Finalmente, tras la resolución de algunos problemas financieros —las arcas del Estado necesitaban todos los recursos para la guerra y no podían satisfacer a sus acreedores—, Galba partió hacia Oriente.[25]

---

[23] Liv. 30,26,2–4; 42,1–11; 31,1,6–2,4; 3,1–6; 5,1–6,1; 8,1–4: *quod senatus populusque Romanus de re publica deque ineundo novo bello in animo haberet, ea res uti populo Romano sociisque ac nomini Latino bene ac feliciter eveniret* (31,5,4). Confío en Valerie M. WARRIOR: *The Initiation of the Second Macedonian War. An Explication of Livy Book 31* (Historia Einzelschriften 97), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1996 respecto al curso de los acontecimientos, esp. 61-73, quien ha demostrado que el relato de Livio, con frecuencia puesto en duda, era esencialmente coherente. Sobre las razones del estallido de la guerra, véase Rene PFEILSCHIFTER: *Titus Quinctius Flamininus. Untersuchungen zur römischen Griechenlandpolitik* (Hypomnemata 162), Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005, pp. 77–82.

[24] Liv. 31,9,5–10. Christoph LUNDGREEN: *Regelkonflikte in der römischen Republik. Geltung und Gewichtung von Normen in politischen Entscheidungsprozessen* (Historia Einzelschriften 221), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2011, pp. 167–169, señaló con acierto que este conflicto marcó un cambio en los ritos sagrados, pero no un debilitamiento de la reverencia religiosa *per se*: esto es «in der formalen oder prozeduralen Bitte um ein Gutachten zu sehen» [debe verse en la solicitud formal o de procedimiento de un dictamen pericial y no en los principios materiales o positivamente fijados].

[25] Liv. 31,12,1–14,1.

'Finalmente' puesto que habían pasado nueve meses desde que los cónsules habían asumido sus cargos. Galba no alcanzó los Balcanes hasta finales de otoño; el año de campaña prácticamente había terminado. La razón principal del retraso radicó en el intenso esfuerzo por evitar cualquier alteración de la armonía con los dioses y, por ende, cualquier riesgo para el éxito de la campaña. En las diversas interpelaciones, discusiones y medidas expiatorias, algunos investigadores han querido ver maniobras de opositores a la guerra dentro del Senado.[26] Sin embargo, no existía tanta oposición dentro de la élite; al contrario, más bien, estaba bastante unida en su apoyo a la guerra. En un momento ahondaremos en ello. Y aun cuando tales motivos pudieran haber desempeñado un papel, las preocupaciones religiosas y las medidas de precaución no se evidenciarían como falsas a causa de ello. Difícilmente hubieran conducido a semejante retraso de haber sido solo pretextos, y en todo caso razones de la más variada índole pueden operar en la misma dirección. De ahí que la justificación oficial de la guerra no constituya ninguna hipocresía. Habla en exclusiva de los ataques a los aliados romanos, no de su propio y arraigado deseo de venganza contra Macedonia. No solo de cara al público, sino también de cara a sus propias consideraciones, las personas (y los Estados) prefieren poner el foco sobre los motivos puros, aquellos que quedan bien no solo ante los demás, sino también ante uno mismo. Esto se aplica tanto a la República romana como a las potencias actuales.

Entonces, ¿era Roma un estado como cualquier otro y además uno caracterizado por sus grandes escrúpulos religiosos en cuanto al uso de las armas? En realidad, apenas. La República romana era una comunidad en expansión, cuyo umbral de agresión era bastante bajo y que casi todos los años se veía envuelta en conflictos bélicos de consideración. Eso tiene mucho que ver con la orientación de las élites al servicio de la *res publica*, con su pronunciado afán de gloria y, como ya se ha mostrado, con la convicción de su propia superioridad. Sin embargo, la República no era una máquina militar cuya única razón de ser residiera en la guerra y la conquista. Para los romanos, como para el resto de pueblos, la paz era el estado normal, de hecho, el estado normal al que se aspiraba, mientras que la guerra, en cambio, era la excepción normativa que había que justificar tanto ante los demás como ante uno mismo.[27] Pero dado que, en

[26] Sobre ello Howard H. SCULLARD: *Roman Politics 220–150 B. C.*, Oxford, Praeger, 1973, pp. 86–88; John BRISCOE: *A Commentary on Livy. Books XXXI-XXXIII*, Oxford, Oxford University Press, 1973, pp. 80-81; Arthur M. ECKSTEIN: *Rome enters the Greek East. From Anarchy to Hierarchy in the Hellenistic Mediterranean, 230–170 BC*, Hoboken, NJ, Wiley-Blackwell, pp. 257–259.

[27] Sobre las agresivas estructuras básicas de la sociedad y el bajo umbral de inhibición, véase William V. HARRIS: *War and Imperialism in Republican Rome 327–70 B. C.*, Oxford, Oxford University Press, 1991 (fundamental); J. A. NORTH: "The Development of Roman Imperialism", *The Journal of Roman Studies*, 71 (1981), pp. 1–9; Jochen BLEICKEN: *Geschichte der Römischen Republik* (Oldenbourg Grundriss der Geschichte, 2), Múnich, Oldenbourg Wissenschaftsverlag, 1999, pp. 171-172; Rene PFEILSCHIFTER: *Titus Quinctius Flamininus…*, pp. 15-16. Sobre la paz como estado normal véanse tan solo las precisas observaciones de William V. HARRIS: "Reseña del libro de Michaela Kostial, Kriegerisches Rom? Zur Frage von Un-

efecto, libraban guerras con mucha frecuencia, los mecanismos de justificación debían ser especialmente efectivos y convincentes. También por este motivo, y no solo por la especial importancia de la paz de los dioses para la estabilidad sociopolítica, los romanos se muestran como un pueblo especialmente religioso y temeroso de los dioses que tendía a buscar un buen motivo para la confrontación armada. Este deseo podía llevar a una preocupación por las apariencias que hoy nos resulta forzada. El debate sobre la suma determinada o indeterminada para el voto de Galba es solo un ejemplo. Lo más sorprendente en el ámbito de la política exterior fue el papel de los feciales, mencionados brevemente más arriba, que se ocupaban de las relaciones jurídicas sagradas con los demás pueblos y trataban de garantizar la corrección religiosa de la acción romana en el inicio de las guerras con elaboradas formalidades, en algunos casos muy antiguas, como la petición ritualizada de compensación material para el pueblo romano. Pero estas no eran meras formalidades, sino que aseguraban la superioridad moral romana.[28] Y el asunto no se quedaba en las formalidades. Se trataba igualmente de las razones internas –morales, en el sentido más estricto– para la guerra. Este afán se expresaba en el hecho de que los historiadores romanos gustaban de atribuir a sus antepasados motivos mejores y más éticos para la guerra de los que estos podían tener, pero también en la doctrina general de la guerra justa, o *bellum iustum*.[29]

¿Y los debates? Sí, los hubo, incluso en la declaración de guerra del año 200. La aprobación por parte de la Asamblea popular resultó ser más complicada de lo indicado arriba. La moción fue rechazada rotundamente en primera votación. Pocos meses después del final de la guerra contra Aníbal, que los romanos habían ganado con las mayores dificultades tras casi dos décadas, el pueblo estaba harto de peligros y esfuerzos. A esto se sumó la agitación del tribuno de la plebe, Quinto Bebio, que empleó una argumentación habitual en el conflicto de los órdenes entre patricios y plebeyos: los senadores encadenarían una guerra tras otra, con lo que la plebe jamás podría gozar de paz. El conflicto en el Senado fue grande, Bebio fue hecho pedazos (solo en sentido figurado) y todos exhortaron a Galba a que volviera a llevar la propuesta ante la Asamblea, pero que antes de nada explicase las funestas y además deshonrosas consecuencias que resultarían de un aplazamiento de la guerra. A continuación, el cónsul recitó un largo discurso frente al pueblo articulado sobre un único argumento: habría guerra

vermeidbarkeit und Normalität militärischer Konflikte in der römischen Politik", *Gnomon*, 72 (2000), pp. 561-562.

[28] Cic. reps. 2,31; 3,35 (= 3,25 Powell); of. 1,36. Véase William V. HARRIS: op. cit., pp. 166-171, Sigrides C. ALBERT: op. cit., pp. 12-16, y ahora sobre todo el extenso artículo de revisión de John RICH: "The *Fetiales* and Roman International Relations", en: James H. RICHARDSON y Federico SANTANGELO (ed.), *Priests and State in the Roman World* (*Postdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge*, 33), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2011, pp. 187–242.

[29] Cic. reps. 3,34-35 (= 3,24-25 Powell); of. 1,34-40; 2.26-27 Sobre el *bellum iustum*, véase William V. HARRIS: op. cit., pp. 171–175; Sigrides C. ALBERT: op. cit., pp. 17–36; Klaus Martin GIRARDET: "'Gerechter Krieg'. Von Ciceros Konzept des *bellum iustum* bis zur UNO-Charta", *Gymnasium*, 114:1 (2007), pp. 4–22.

de todos modos. Los romanos solo tenían la opción de librarla en Macedonia o, si vacilaban, en su propio país, pero entonces ya contra un oponente poderoso, con los recursos romanos agotados por la guerra y con el riesgo de deserción de los aliados itálicos. Por tanto, los ciudadanos debían votar ahora con ayuda de los dioses y aceptar la propuesta del Senado. Esa no era solo la opinión del cónsul, sino también la de los dioses inmortales, que habían favorecido los sacrificios y las oraciones para la guerra. La propuesta fue pues aprobada sin más preámbulos.[30]

Vayamos primero al discurso en el seno de la élite senatorial. Los desacuerdos sobre política exterior eran por supuesto habituales, pero se resolvían por lo común sin llegar a los extremos. Uno se veía sometido a la opinión de la mayoría y su propia carrera no sufría perjuicio alguno. Esta disposición a ceder era indispensable para el establecimiento de un consenso aristocrático, posibilitado por el conocimiento de que uno podría imponerse del mismo modo en el siguiente conflicto (en la política romana no existían agrupaciones fijas con objetivos políticos determinados).[31] De manera que Bebio tuvo bastante que escuchar en la reunión del Senado tras la primera votación. Evidentemente, se sometió a la voluntad declarada de sus compañeros. Su agitación, que podría haber prolongado en tanto que tribuno de la plebe, quedó interrumpida.[32]

En cuestiones de política exterior, el consenso no solo era promovido por el patrón de comportamiento habitual de la élite. La oportunidad de obtener una cuota propia de gloria y honor también desempeñaba un papel importante. Cada senador tenía la esperanza de convertirse él mismo en pretor o cónsul y conquistar entonces la victoria y el triunfo. Sin embargo, se les ofrecía cuando menos la posibilidad de entrar como altos oficiales en la campaña entonces en curso. Ello promovía el consenso, un consenso para hacer la guerra. Lo más probable era que los antiguos cónsules que ya lo habían logrado todo resistieran el impulso de tomar las armas, y de hecho puede decirse que el Senado[33] no cayó en brazos de un cónsul belicista gracias, ante todo, a su autoridad. Estas, en efecto, fueron excepciones. Más bien se discutía el modo de hacer la

[30] Liv. 31,6,3–8,1.

[31] Disposición a ceder: Egon FLAIG: *Ritualisierte Politik. Zeichen, Gesten und Herrschaft im Alten Rom*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003, pp. 99–110 y 201–212; Christoph LUNDGREEN: *Regelkonflikte in der römischen Republik. Geltung und Gewichtung von Normen in politischen Entscheidungsprozessen* (Historia Einzelschriften 221), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2011, pp. 277-285. Ausencia de agrupaciones políticas: Meier 1980, XXXII - XLIII, 162–190; Karl-Joachim HÖLKESKAMP: *Die Entstehung der Nobilität. Studien zur sozialen und politischen Geschichte der Römischen Republik im 4. Jh. v. Chr.*, Stuttgart, Steiner, 2011, pp. 41–61, 310 y ss. Christian MEIER: *Res publica amissa. Eine Studie zu Verfassung und Geschichte der späten römischen Republik*, Frankfurt am Main, Franz Steiner Verlag, 1980, p. 168 ya ha constatado que «la unidad de la política exterior en su conjunto se preservó siempre, a pesar de algunas diferencias».

[32] No sabemos nada sobre su destino posterior, no llegó a cargos superiores. Pero ello no justifica suponer que sufriera un revés en su carrera en el año 200.

[33] Por ejemplo, el cónsul Cayo Casio Longino, que quería marchar por su cuenta a Macedonia en el año 171 y a quien el Senado, inicialmente desprevenido, debió ordenar que regresara por medio de una embajada de tres senadores (Liv. 43,1,4–12; 5,1–10).

guerra, como ya hicieron hacia el final de la Segunda Guerra Púnica el viejo Quinto Fabio Máximo y la nueva estrella del firmamento romano, Publio Cornelio Escipión: ¿debían expulsar primero a Aníbal de Italia, o ignorarlo y llevar la guerra a África?[34] Nunca hubo debates fundamentales sobre el sentido o sinsentido de una guerra o de la expansión en sí. No había razón para ello: Roma siempre ganaba.

Vayamos ahora al debate entre las élites y el pueblo. El Senado había recomendado a Galba que mostrase al pueblo lo deshonroso que sería un no a la guerra; es decir, la vergüenza de negar auxilio a sus aliados. Galba ignoró este consejo y se concentró enteramente en las consecuencias concretas para los propios romanos, a saber: la invasión de Italia por parte de Filipo. Asumiendo que Livio nos transmita correctamente las nociones fundamentales de su discurso, Galba habría hecho gala de verdaderas dotes para la psicología. Frente al estado de ánimo del pueblo, contrario a cualquier nuevo conflicto, es probable que un discurso sobre lo éticamente aconsejable no hubiera sido bien acogido. También para los romanos, en caso de duda, su propia seguridad estaba por encima de la moralidad. Sin embargo, al explicar a los ciudadanos que esta seguridad se veía comprometida y que la guerra contra Filipo era inevitable, aceptó hábilmente la sensación general de descontento y al mismo tiempo dejó claro que no se debía ceder.

La invasión macedonia era, qué duda cabe, una quimera retórica que no se correspondía en absoluto con la situación político-militar del año 200, sino que más bien revivía el temor a una repetición de la campaña de Aníbal.[35] Quizá el propio Galba lo creyera, pero lo crucial es que no surgió ni pudo surgir un debate general sobre la veracidad de su argumento. No formalmente, porque los debates no estaban previstos en las asambleas populares romanas ni en la *contio* preparatoria: los magistrados y senadores pronunciaban discursos y en ocasiones discutían, pero el pueblo permanecía condenado a prestar oído, ya que la comunicación estaba organizada de manera jerárquica, incluso en la posterior *comitia* o asamblea en la cual únicamente se votaba, sin discusión. El único que hubiera podido tomar la palabra contra Galba durante la *contio* habría sido Bebio, quien ya entonces, en la sesión previa del Senado, había sido forzado a plegarse al consenso de la élite. Eso no quiere decir que muchos ciudadanos habrían estado encantados de hablar si se les hubiese permitido hacerlo. La jerarquía formal correspondía a la orientación general de la sociedad hacia la autoridad de un orador, al margen de lo que dijera. Contradecir públicamente al cónsul solo era concebible para unos pocos, y todos ellos eran miembros de la aristocracia del Senado. Egon Flaig dio

[34] Véase Jakob SEIBERT: *Hannibal*…, pp. 413-416.

[35] Véase Jakob SEIBERT: "Invasion aus dem Osten. Trauma, Propaganda oder Erfindung der Römer?", en Charlotte SCHUBERT y Kai BRODERSEN (con Ulrich Huttner) (ed.), *Rom und der Griechische Osten. FS für Hatto H. Schmitt zum 65. Geburtstag dargebracht von Schülern, Freunden und Münchener Kollegen*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1995, pp. 242-243.

justo en el clavo: «Que la audiencia se dejara o no convencer dependía menos de su comprensión del asunto en cuestión que de si creían o no al cónsul y a la oligarquía en su conjunto».[36]

Por regla general, el pueblo creía a los senadores, lo cual era especialmente cierto en cuestiones de política exterior. En primer lugar, por supuesto, porque la élite gozaba de una considerable ventaja informativa respecto a los asuntos de Italia. ¿Qué sabían los sencillos visitantes de la Asamblea popular sobre las dificultades de Atenas o sobre las intenciones de los monarcas orientales? A esto se suma una razón más profunda. El argumento de Bebio sobre el conflicto de los órdenes pretendía despertar el recuerdo de la antigua disputa entre patricios y plebeyos, entre las clases altas y bajas, pero estaba mal escogido. Este enfrentamiento había tenido que ver con el equilibrio de poder en la comunidad, se había tratado de un conflicto interno, aunque bien podría haber tenido efectos sobre la acción militar exterior. En el año 200 el Senado se centraba en la defensa contra el enemigo común de todos, lo que hoy denominaríamos enemigo del país. Pero los romanos no lo formulaban de ese modo. Filipo V no era el adversario del Estado romano o del país; en una confrontación verbal de ese tipo no se empleaba el término *res publica*. Más bien, el monarca era el adversario del pueblo romano. La guerra fue declarada meramente «por los agravios y agresiones armadas contra los aliados del pueblo romano». Los romanos no eran los únicos que en la Antigüedad daban prioridad a los nexos personales por encima del territorio nacional: Atenas era solo el nombre de una ciudad, mientras que la comunidad firmaba como 'los atenienses' (incorporando a los habitantes del Ática); Corinto se presentaba como 'los corintios', y así sucesivamente. *Populus Romanus* era si cabe aún más unívoco que sus análogos griegos. No un vago *Romani*, sino lisa y llanamente el pueblo, entendido en su representación moderna y no sin fundamento, como pueblo constituyente. En este sentido, *populus* no alude en efecto a los titulares de la ciudadanía romana, los *cives*, ni a las clases bajas, la *plebs*, y desde luego tampoco a toda la población, sino más bien a los romanos que tenían un impacto efectivo en la vida pública y constituían la comunidad, aquel pueblo que era convocado a la Asamblea, que votaba y hacía la guerra. En los capítulos correspondientes de Livio se habla constantemente de *populus Romanus*, y no solo en su caso. Escipión Emiliano habla de la prosperidad y el poder del pueblo romano, Cicerón perpetúa este discurso, y en el primer volumen de la *Guerra de las Galias* aparece mencionado como un centenar de veces.[37]

[36] Egon FLAIG: op. cit., p. 182. Para la falta de debate en las *contiones* véase Henrik MOURITSEN: *Plebs and Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 46–57; Robert MORSTEIN-MARX: *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 160–203.

[37] Sobre César véase Michel RAMBAUD: op. cit., pp. 272-273.

¿Cómo debían distanciarse de ello aquellos que asistían a la Asamblea popular? ¿Cómo iban a descubrir el contraste entre sus intereses, los de sus parientes, amigos y vecinos, por un lado, y los del público en general, la colectividad, la política y el Estado, por otro? El herrero no era menos parte del *populus Romanus* que el cónsul, ciertamente era una parte menor, pero una parte, al fin y al cabo. La participación directa en el destino de la comunidad a través de la Asamblea popular se correspondía en efecto menos con la actual participación en las elecciones estatales y federales que con la pertenencia (¡en virtud solo de su poder integrador!) a una asociación. No todos los romanos participaban de manera regular o incluso esporádica en la Asamblea popular, pero quienes no comparecían no eran tenidos en cuenta. Los congregados conformaban el *populus Romanus* en su totalidad.[38] Por otro lado, la intervención oficial en la vida de los individuos, que genera desafección a tantos contemporáneos, se mantuvo en niveles bajos. La razón para ello es sumamente simple: aparte de los magistrados y su puñado de funcionarios, no había burocracia alguna. La experiencia de la tutela estatal siguió siendo bastante escasa, hasta el punto de que cualquier habitante de la ciudad que tuviera tiempo e inclinación a ello podía participar en la vida pública. No eran ni de lejos todos, pero como he dicho solo importaban los presentes.

La diferenciación de los intereses propios y aquellos del colectivo, de la comunidad, era casi imposible en estas circunstancias. Las comunidades especiales, por ejemplo, aquellas con una base religiosa, resultaban sospechosas para los romanos y fueron reprimidas.[39] En cambio, si no quería perder su identidad social, el individuo no podía desvincularse de la comunidad del pueblo romano, ni tampoco oponerse a sus convicciones. Por supuesto, los debates sobre la dirección política de la comunidad no quedaban descartados por ello, pero solo podían desarrollarse dentro de ciertos límites: no estaba permitido exigir o incluso negar una modificación fundamental de la *res publica*.[40] En términos de política exterior, las posibilidades de 'resistencia' eran particular-

[38] Sobre el poder integrador de las Asambleas populares en Martin JEHNE: "Integrationsrituale in der römischen Republik. Zur einbindenden Wirkung der Volksversammlungen", en: Karl-Joachim HÖLKESKAMP, Jörn RÜSEN, Elke STEIN-HÖLKESKAMP, H. Heinrich Th. GRÜTTER (ed.), *Sinn (in) der Antike. Orientierungssysteme, Leitbilder und Wertkonzepte im Altertum*, Maguncia, Verlag Phillip von Zabern in Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2003, pp. 279–297. Sobre la participación Henrik MOURITSEN: *Plebs and Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 32–37 y del mismo autor Martin JEHNE: "Who Attended Roman Assemblies? Some Remarks on Political Participation in the Roman Republic, en Francisco Marco SIMÓN, Francisco PINA POLO, José Remesal Rodríguez (eds.), *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo* (Instrumenta 21), Barcelona, Universitat de Barcelona, 2006, pp. 234.

[39] Véase fundamentalmente Bernhard LINKE: "*Religio* und *res publica*. Religiöser Glaube und gesellschaftliches Handeln im re-publikanischen Rom", en Bernhard LINKE y Michael STEMMLER (ed.), *Mos maiorum. Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik* (Historia Einzel-schriften 141), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2000, pp. 272–274, 289–293.

[40] A esta fijación se refirió Christian MEIER: op. cit., XXXf., XLIII - LVII, pp. 201-205, cuando acuñó la fórmula de la crisis sin alternativa para el último siglo de la República. Dicho sea de paso, los debates mediáticos, entendidos a partir del deseo de impactar sobre una opinión pública, no tuvieron lugar en Roma: la

mente escasas, pues dudar de la expansión hubiera tocado los cimientos de la paz de los dioses, y con ello se habría puesto en cuestión la comunidad misma. Pensar de manera diferente sobre este particular hubiera equivalido a una traición, una traición hacia uno mismo.

A pesar de todo, sí que hubo *un* gran debate sobre el camino correcto de la comunidad. Ya se indicó más arriba: el discurso de la decadencia moral.

III

Al comienzo de su *Conjuración de Catilina*, Salustio describe el entorno en el que creció Catilina, y para ello bosqueja en pocas líneas la historia de Roma, cómo pasó de ser el mejor y más hermoso pueblo al peor y menos moral, empleando el significativo término «costumbres de Roma»: Roma se hizo grande con rapidez gracias al empeño individual de sus ciudadanos, incluso en el periodo monárquico –ya entonces prestaba auxilio a sus aliados y amigos–, más aún tras la instauración de la República. Durante mucho tiempo, el valor en la guerra y la justicia en la paz conquistada caracterizaron a los romanos. Tras la destrucción de Cartago en el año 146, las cosas cambiaron para peor. La codicia por la riqueza y el poder creció, el régimen hasta entonces justo se volvió cruel e intolerable. Con Sila llegó el salto decisivo: ya no había límites para la perversión moral; es más, en Asia había acostumbrado al ejército al lujo y al desenfreno. En el panorama final de la decadencia moral, Salustio habla también del destino de los vencidos: los antepasados no habían arrebatado nada a estos, salvo la posibilidad de injusticia. Pero ahora las personas más cobardes y criminales arrebataban a sus aliados todo lo que los hombres más valerosos les habían dejado en la victoria, como si la dominación se expresara a través de la injusticia.[41]

---

visión pública básica de la política en las instituciones y el requisito de la asistencia personal se interponían en el camino, incluso una obra como *De re publica* de Cicerón se quedó en literatura y no tuvo influencia en el discurso político. Sobre este importante punto véase fundamentalmente Armin EICH: *Politische Literatur in der römischen Gesellschaft. Studien zum Verhältnis von politischer und literarischer Öffentlichkeit in der späten Republik und frühen Kaiserzeit* (Passauer Historische Forschungen, Band 11), Colonia, Böhlau Verlag, 2000, esp. pp. 143-154.

[41] Sal. Catil. 5,9–13,5: *moribus civitatis* […] *ex pulcherruma <atque optuma> pessuma ac flagi-tiosissuma* [sc. *res publica*] (5,9); *sociis atque amicis auxilia portabant* (6,5); *duabus his arti-bus, audacia in bello, ubi pax evenerat aequitate, seque remque publicam curabant* (9,3); *imperium ex iustissumo atque optumo crudele intolerandumque factum* (10,6); *hi contra, ignavis-sumi homines, per summum scelus omnia ea sociis adimere quae fortissumi viri victores reli-querant, proinde quasi iniuriam facere, id demum esset imperio uti* (12,5). La mejor interpretación del pasaje la ofrece Eckart SCHÜTRUMPF: "Die Depravierung Roms nach den Erfolgen des Imperiums bei Sallust, Bellum Catilinae Kap. 10 – philosophische Reminiszenzen", en Peter KNEISSL y Volker LOSEMANN (eds.), *Imperium Romanum. Studien zu Geschichte und Rezeption. Festschrit für Karl Christ zum 75. Geburtstag*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998, pp. 674–689. El siguiente paralelismo, con Sila como punto de inflexión y poniendo el énfasis en el destino de los pueblos sometidos, se encuentra en Cic. off. 2, 26-29. Cicerón subraya a menudo las consecuencias de la decadencia para los sometidos (véanse

Otros autores sitúan el cambio a peor antes: según Livio, es el ejército que retorna triunfalmente de Asia Menor en el año 187 el que introduce el «germen del lujo extranjero» en la ciudad. A los veladores y las ricas alfombras pronto les siguieron los músicos para el entretenimiento nocturno, comidas suntuosas y una alta estima a los cocineros.[42] Otra etapa, mencionada igualmente por Livio, describe el famoso debate senatorial del año 171: el embajador Quinto Marcio Filipo se jacta de haber inducido al rey Perseo de Macedonia a firmar una tregua a través de una engañosa esperanza de paz y de haber conseguido de este modo un tiempo tan valioso para las defensas romanas. A una minoría de veteranos senadores que se aferraban a las viejas costumbres no le gustó demasiado esta *nova sapientia*. Los antepasados no hubieran obtenido sus victorias con astucia e insidias, sino con rectitud y verdadera eficiencia en guerras piadosas y justas. Esa era la esencia romana. No obstante, la mayoría del Senado prefirió lo útil a lo decente y aprobó el modo de actuar de Filipo.[43]

Sin embargo, lo más importante para el análisis de los autores de la Antigüedad era en efecto la destrucción de Cartago. Lo que Salustio solo insinúa en *Catilina* lo expresa con mayor claridad en su *Guerra de Yugurta*: «el miedo al enemigo mantenía a la ciudad dentro de los buenos modos.»[44] Otros autores ofrecen más detalles. Según afirman, la última guerra contra Cartago vino precedida de una intensa polémica en el Senado. Mientras que Catón el Viejo instaba a la aniquilación del antiguo enemigo, el dos veces cónsul Publio Cornelio Escipión Nasica aconsejaba moderación: Cartago debía ser preservada para que los romanos, por temor a su último enemigo formidable, permaneciesen vigilantes y no cedieran al ensañamiento con los conquistados. De lo contrario, se entregarían completamente a la decadencia moral, se hundirían en enfrentamientos internos y serían odiados por los pueblos sometidos debido a su injusto gobierno.[45]

¿Condujo la crisis de la República a una reevaluación de la expansión romana de la cual pudiera haber surgido entonces un debate sobre el futuro proceder en política

---

los pasajes de Joseph VOGT: *Ciceros Glaube an Rom* (Würzburger Studien zur Altertumswissenschaft, 6), Stuttgart, Kohlhammer, 1935, pp. 47-48).

[42] Liv. 39,6,6–9: *luxuriae enim peregrinae origo ab exercitu Asiatico invecta en urbem est* (7) [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de José Antonio Villar Vidal en TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXVI-XL*, Madrid, Gredos, 1993].

[43] Liv. 42,47,1–9. Sobre los antecedentes históricos John BRISCOE: "Q. Marcius Philippus and *nova sapientia*", *The Journal of Roman Studies*, 54:1-2 (1964), pp. 66-77.

[44] Sal. Iug. 41,1–10: *metus hostilis en bonis artibus civitatem retinebat* (2); véase también hist. I frg. 12 [N. del T.: Para la traducción seguimos la versión de Bartolome Segura Ramos en SALUSTIO: *Conjuración de Catilina/Guerra de Jugurta/Fragmentos de las "Historias"* (et al.), Madrid, Gredos, 1997].

[45] Diod. 34/35,33,3–5; Ap. Lib. 315; Plut. Catón mai. 27,2–4; Liv. por. 48,4-5; 48,15; 48,24; 49,2; Oros. hist. 4,23,9. Para la cronología, véase Matthias GELZER: "Nasicas Widerspruch gegen die Zerstörung Karthagos", en Matthias GELZER, Hermann STRASBURGER y Christian MEIER (eds.), *Kleine Schriften, vol. 2*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1963 [1931], pp. 39–43; Alan E. ASTIN: *Scipio Aemilianus*, Oxford, Clarendon Press, 1967, pp. 270–272.

exterior? En primer lugar, resulta llamativo que los autores de la Antigüedad, a pesar de su vinculación entre los acontecimientos externos y su constitución interna, en ninguna parte mencionen el motivo más popular entre los investigadores desde Montesquieu a la hora de explicar la caída de la República: la sobrecarga de las estructuras urbanas de la comunidad romana por su dominio del mundo mediterráneo. En cambio, como era de esperar, el análisis de los contemporáneos permanece otra vez ligado a lo moral, al fracaso del individuo.[46]

Pero ni siquiera desde esta perspectiva se ponen en cuestión las conquistas. A ojos de algunos, Marcio Filipo ya no cumplía las normas de los antepasados. Esta percepción, sin embargo, venía causada únicamente por la creciente carga ética de las costumbres de los ancestros,[47] y no tenía nada que ver con el deseo de impulsar una política exterior distinta, al contrario: los padres de Roma, como era bien sabido, habían conquistado medio mundo. Se trata pues de una cuestión de actitud, quizá también de procedimiento, no de una reevaluación de la política de conquista. Por tanto, el retorno del ejército de Asia tampoco desencadena la decadencia por el hecho de que el contacto con los orientales hubiera sacudido la antigua moral romana (sobre esta base, bien pudiera haberse abogado por la retirada de Oriente). Más bien, el general Cneo Manlio Vulsón no logró mantener la estricta disciplina militar, por lo que el ejército se descompuso. En este caso, al igual que ocurre con el Sila retratado por Salustio, se trata de la capacidad de liderazgo de la élite, no de las consecuencias de un avance cada vez mayor en el mundo.[48] Finalmente, Cartago no debía continuar existiendo porque la política, más bien tosca, seguida hasta entonces en el Mediterráneo occidental, hubiera sido un error. Su continuidad debía garantizar una vigilancia continua, poner fin a la desidia ética del día a día y, en definitiva, garantizar que los romanos pudieran golpear en el futuro tan bien como sus antepasados.[49]

---

[46] Sobre esta fijación del pensamiento antiguo véanse las claras observaciones de Hartmut WOLFF: "Bemerkungen zu Sallusts Deutung der Krise der Republik", en Karlheinz DIETZ, Dieter HENNIG y Hans KALETSCH (eds.), *Klassisches Altertum, Spätantike und frühes Christentum. Adolf Lippold zum 65. Geburtstag gewidmet*, Würzburg, Selbstverlag des Seminars für Alte Geschichte, 1993, pp. 173–176.

[47] Véase Franz HAMPL: "Römische Politik in republikanischer Zeit und das Problem des 'Sittenverfalls'", en Richard KLEIN (ed.), *Das Staatsdenken der Römer* (Wege der Forschung 46), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1966 [1959], pp. 143–177.

[48] Liv. 39,6,5.

[49] Matthias GELZER: "Nasicas Widerspruch gegen…", pp. 62 y ss., 71 y ss., creía en «un programa político de amplio alcance que [...] hubiera dado un giro distinto a la historia romana]» (62). Wilhelm HOFFMANN: "Die römische Politik des 2. Jahrhunderts und das Ende Karthagos", en Richard KLEIN (ed.), *Das Staatsdenken der Römer* (Wege der Forschung 46), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1966 [1960], pp. 218–229, en el extremo opuesto, ha demostrado de manera convincente que los motivos atribuidos a Nasica son una ficción de las fuentes. De acuerdo con él, el pontífice (y pronto Pontífice máximo) Nasica fue inducido mediante consideraciones religiosas (¡la paz de los dioses!) a la consideración opuesta, que concernía solo al modo de comenzar la guerra, no a su objeto. Dietmar KIENAST: *Cato der Zensor. Seine Persönlichkeit und seine Zeit. Mit einem Abdruck einiger Redefragmente Catos als Anhang*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, pp. 130–133 y Alan E. ASTIN: op. cit., pp. 276–280 son más cautelosos, pero conceden

El debate sobre la decadencia moral se centra por tanto en cómo se podía restaurar el antiguo vigor, en especial el militar. A veces aborda las conquistas, pero solo porque el cambio en la moral se puede leer particularmente bien a partir de ellas y sus consecuencias, no porque estas lo hayan causado. El problema no son las constantes guerras, sino por el contrario la ausencia de las mismas, la falta de oponentes a la altura de la Roma que gobierna sobre el mundo. Así es como surge la decadencia en el seno de la propia Roma, de los propios romanos –para Salustio, este cambio es obra del destino[50]–. La comunidad no está bien, pero es que la enfermedad consume su cuerpo desde dentro.[51]

Por supuesto, el descontento con el estado del gobierno romano se refleja en los debates de los autores, en las quejas sobre la guerra contra Yugurta –que reveló la podredumbre moral de la clase alta– y en los discursos de Critognato y Mitrídates. Pero ello tiene su origen únicamente en el hecho de que tras la fase aparentemente interminable de conquistas a mediados del siglo II se había instalado un cierto estancamiento. Sencillamente no quedaba mucho por conquistar, y en lo ya conquistado cada vez surgía mayor resistencia. Las guerras se hicieron menos frecuentes, pero más fatigosas y carentes de gloria. Para un romano distinguido que quisiera competir con los héroes de los tiempos de Pirro y Aníbal, las condiciones no eran ideales. Pero ese no era motivo para dudar del sentido de las conquistas, al contrario. Cuando surgió la oportunidad, los romanos golpearon al igual que siglos antes. Ya hemos visto el mejor ejemplo: César. El conquistador de la Galia fue celebrado como tal en casa, incluso por sus adversarios (lo cual era una razón esencial para la conquista). Las críticas ocasionales se alimentaron de motivos de política interior, no del rechazo en cuanto al hecho. En el año 55, Catón el Joven exigió la entrega de César a los usípetes y téncteros: el procónsul había derrotado en efecto a estos pueblos, pero solo después de haber provocado el con-

únicamente un papel menor y 'retórico' al argumento del contrapeso, asumiendo que Nasica insistiera en ello. Pero no solo el Nasica histórico no tuvo nada que objetar a las conquistas, tampoco la figura literaria deformada por el discurso sobre la decadencia expresa en ninguna parte reservas fundamentales respecto a la expansión romana. En Diod. 34 / 35,33,5 el discurso expresamente versa incluso sobre una ampliación del dominio romano.

[50] Sal. Catil. 10,1: *saevire fortuna ac miscere omnia coepit*. Véase Konrad HELDMANN: *Sallust über die römische Weltherrschaft. Ein Geschichtsmodell im Catilina und seine Tradition in der hellenistischen Historiographie* (Beiträge zur Altertumskunde 34), Stuttgart, De Gruyter, 1993, pp. 108–110.

[51] Cfr. y brevemente Andrew LINTOTT: "Imperial Expansion and Moral Decline in the Roman Republic", *Historia*, 21:4 (1972), p. 627. Resultan valiosas las observaciones de Uwe WALTER: *Memoria y res publica. Zur Geschichtskultur im republikanischen Rom* (Studien zur Alten Geschichte 1), Frankfurt am Main, Verlag-Antike, 2004, p. 322: «El giro de la historia romana que da comienzo con el dominio del mundo tuvo su origen en el cambio de *mores* que dicho dominio trajo consigo. Sin embargo, esta transformación es ciertamente responsabilidad de los romanos, y se puede analizar y comprender, pero en realidad no puede explicarse por completo. La clave para ello es la entrada en escena de la *fortuna*.» No estoy de acuerdo con Klaus BRINGMANN: "Weltherrschaft und innere Krise Roms im Spiegel der Geschichtsschreibung des zweiten und ersten Jahrhunderts v. Chr.", *Antike und Abendland*, 23:1 (1977), pp. 28-49, según el cual el pensamiento republicano tardío vio venir el inicio de la decadencia interna como consecuencia del dominio del mundo.

flicto de antemano y de haber arrestado sin más a los dirigentes de los germanos, aunque estos habían acudido en calidad de embajadores. A pesar de ello, César fue aclamado en Roma, a la par que honrado con una solemne fiesta de agradecimiento. Catón fue el único que abogó por entregarlo a sus enemigos siguiendo el ejemplo de los antepasados, con el fin de desviar la ira de los dioses del ejército y del pueblo romano. No hay que dudar de que Catón, hombre de firmes principios, dijo esto con total honestidad. Sin embargo, su alegato no iba unido a una crítica fundamental a la conquista de la Galia, ni tampoco a una exigencia de que esta se viera interrumpida. Apuntaba únicamente a la persona de su oponente: no debía temerse a los hijos de los britanos y los celtas, sino al propio César.[52]

La razón de que no se discutiera la política de conquista romana es simple: aun en los últimos años de la agonizante República, los romanos gozaron de un inmenso éxito. La dominación romana y el imperio continuaban siendo seguros, a pesar de las derrotas ocasionales, las conquistas proseguían aquí y allá, y por supuesto de manera más decidida en la Galia. El adversario más terrible del siglo I a. C., Mitrídates, rey del Ponto, fue siempre un enemigo tenaz, aunque de ningún modo comparable con Pirro o Aníbal. Los romanos podían permitirse el lujo de atizarse en la cabeza en tres sangrientas guerras civiles mientras su imperio permanecía sin merma, precisamente por eso. Un pueblo así tenía que haber sido favorecido por los dioses. Tampoco ahora había nada de lo que dudar o discutir. Independientemente de que se prefiera llamar o no Estado a la comunidad romana, los debates sobre política exterior mantenidos en su seno versaban solo sobre cuestiones de procedimiento, y no sobre el valor o el propósito de las conquistas. La legitimidad y el sentido estaban más allá de toda duda. El escepticismo no era una característica inherente de los romanos. Tampoco hubiera favorecido su ascenso.

¿Qué ocurre entonces con la novedosa plegaria lustral del año 141? ¿Fue Escipión Emiliano la gran excepción y el solitario hombre de Estado que vio lo que era necesario hacer pero no logró persuadir a sus ignorantes contemporáneos? La verdad es prosaica. Sabemos por un pasaje de Cicerón que no fue Escipión quien llevó a cabo el

[52] Plut. Catón min. 51,1–5; Ces. 22,1–4; Suet. Iul. 24,3. Los eventos de la Galia: Ces. Gal. 4,5–15 (en la interpretación de Michel RAMBAUD: op. cit., pp. 118–122). Véase Matthias GELZER: "Der Antrag des Cato Uticensis, Caesar den Germanen auszuliefern", en Ekkehard KAUFMANN (ed.), *Festgabe für Paul Kirn zum 70. Geburtstag dargebracht von Freunden und Schülern*, Berlín, Erich Schmidt, Verlag, 1961. Lo mismo se aplica a la campaña parta de Marco Licinio Craso. La oposición se sublevó sobre todo contra la potencial ganancia de poder de los colegas de triunvirato de César, y no tanto contra la campaña de ningún modo deseable (Cas. Dio 39,33,2-3; 39,1–7; Plut. Catón min 43,1–8; Craso. 16; 18,1; comp. Nic. Craso 2,3; Ap. civ. 2,65-66). El motivo de que Craso sea mucho peor en la tradición que César es simple: él fracasó (en ese sentido ya Plut. comp. Nic. Craso 4). Véase Dieter TIMPE: "Die Bedeutung der Schlacht von Carrhae", *Museum Helveticum*, 19:2 (1962), pp. 106–108; Bruce A. MARSHALL (1976): *Crassus. A Political Biography*, Ámsterdam, Adolf M. Hakkert, 1976, pp. 143–151; Allen Mason WARD: *Marcus Crassus and the Late Roman Republic*, Columbia et al., University of Missouri Press, 1977, pp. 273–287.

sacrificio, sino su colega Lucio Mumio, de manera que no dispuso de ocasión alguna para alterar la fórmula del voto. Nuestro informador, Valerio Máximo, se inventó la anécdota: Escipión Emiliano, destructor de Cartago, era el candidato más adecuado para el papel de impactante admonitor, pero no hablaba como un romano del siglo II a. C., sino como un contemporáneo de Valerio Máximo y del emperador Tiberio.[53] Por entonces la expansión había sufrido efectivamente un cierto estancamiento. Casi todo lo que valía la pena conquistar estaba sometido, el imperio había logrado fronteras seguras y la competencia entre los aristócratas, que siempre había impulsado la expansión, fue atajada por el monopolio militar del emperador. Sin embargo, este cambio de rumbo en la política exterior no se debió a un debate de fondo ni a un nuevo consenso social. Fue el resultado del veredicto de un único hombre. Pero esa es otra época y otro problema distinto.

[53] Cic. de orat. 2,268. Véase Friedrich MARX: "Animaduersiones criticae in Scipionis Aemiliani historiam et C. Gracchi orationem aduersus Scipionem", *Rheinisches Museum für Philologie*, 39 (1884), pp. 65–68; Alan E. ASTIN: op. cit., 325–331 (con ref.).